

EL RADICAL

SEMANARIO POPULAR

TORTOSA

Sábado 21 de Diciembre de 1912

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza O'Callaghan, núm. 5

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre. 0'75 pesetas
Pago anticipado

Infamies

L'ansia de donar campanades fortes, de escandalisar, de babejar honres, los portará un disgust als de «El Pueblo» lo dia menos pensat. Ara matex, si fossem tan dolents com lo periodiquet mos pinta, si'ls jesuites sentiguessen pels de «El Pueblo» només la miléssima part de l'odi y de les ansies venjatives que 'ls de «El Pueblo» senten per ells, potser no s' hauria de lamentar lo presoner Franquet de ser ell la única victima de les intemperancies revolucionaries, potser algú ploraria l' hora en que se li va ocurrir agafar les estisores para omplir de retalls de «El Cantábrico» les vint columnes y mitja del número corresponent al dissapte passat, y 'l moment que va senti-se mogut a afegir aquells infames comentaris que donen una idea clara de la educació, de la literatura y de la rabia impotent d' estos eterns enemichs de tot lo bó, d'estos constants blasfemadors de tot lo sant.

Pera calumniar, pera jugar impunement en l'honra dels que pel sol fet de ser honrats no poden de xar de ser objecte d'odi per part de certs periodistes, també s' necessita manya, també s' necessita traça, y a lo mellor fins los més manyosos, fins los que hi tenen la mà trencada en axó pels molts anys de práctica casi exclusiva, per poch que s'adormiguen se desperten en una batacada de trenta mil duros.

De la llaunosa relació que ompli casi tot l'últim número de «El Pueblo» encapsalada en lletres grosses de les que a la imprenta de Bernis ja tenen guardades pera n'estes ocasions sensacionals a fi de que l'escándol sigue major, no'n queda, resumint ho bé tot, més que un nebot enfadat perquè se li ha mort una tia millonaria sense ferlo hereu, una carta de tal xasquejat nebot aont desfoga lo seu malhumor, pero guardantse bé de que li puguen vindre embólichs en la Justicia y a l'efecte no dient res com cosa pròpia, sino començant cada clàusula en un se dice salvador que'l pose a cubert de tot contratemps; queda l'article de «El Cantábrico» copiant la famosa carta y cuidantse bé de guardar la espatla, declinant tota la responsabilitat en lo nebot dels se dice, y quedan los comentaris de «El Pueblo»

curtets y dolents, antilliteraris y rabiosos, molt més comprometadors para'ls que'ls han escrit que para les honorables, les dignissimes personas que in'tenten desacreditar.

Lo comentariste de «El Pueblo», quedantse al descubert en les seues calumnioses apreciaciones, tan al descubert que seria lo més senzill promoureli una causa criminal que 'l dexés en les costelles ben calentes y escarmentat para tota la vida, ha demostrat que ni para periodiste calumniador servix.

Además, que 'ls pochos lectores que encara li queden a «El Pueblo» están ja massa escarmentats de les informacions anticlericals del setmanari marcelinesch desde que s' han vist obligats a desindignarse tantes vegades en qüestions jesuítiques y clericals, com la dels frares de Medina, les monjes de Barcelona y tantes atres planxes de la petroliera local, y ja no s' dexen enganyar per un se dice vergonyant.

Molt més profitós y moltísim menos esposat a batacades li será a l'eczimi D. Pedanci continuar la campaña iniciada en pro de la cultura y del recapte contra les butxaques dels amichs conseqüents, recomanant les Escoles nocturnes y diurnes del Centre Republicá, aont comuniquen la seua ciencia estupenda los ben avinguts germans que mos han plogut de terres forasteres para regenerarnos, començant per ells matexos, segons regla de ben entesa caritat.

PÁGINAS DE LA VIDA

No fué el frío...

Bien hundida en los almohadones de su berlina, arrebosada en pieles por entre las que sólo asoma su nariz, la dama va pensando que, a pesar de la niebla y de la humedad y de los fríos, a pesar del día gris y del tiempo invernal, la vida es hermosa, la vida es buena.

Acaso con un poquito de sol... Pero ¡bah! ¿qué importa que el viento arrastre las hojas muertas, que la bruma invada los paseos y las calles, que la mañana sea temblorosa y mustia?... Todo eso se queda al otro lado de los vidrios del carruaje, y ella, la dama, tiene sol de felicidad en su corazón, y tiene en su

morada chimeneas rebosantes de alegre fuego, y estancias alfombradas y plantas de salón que están floridas como si fuese primavera...

Y ahora, que ha tenido que salir a la calle para comprar unas fruslerías de regalos, tiene un coche mullico y abrigado y ricas pieles y ricas blondas y suave manguito...

Sólo se le enfria la nariz... Jamás, en este mundo, fué completa la dicha.

Al pasar por una iglesia donde había un Cristo de su devoción, ha mandado parar el coche y ha penetrado en ella.

Altiya y digna, se ha dejado caer en un reclinatorio y ha rezado un Credo por sus hijos y luego otro por ella y otro más por su marido, que santa gloria haya... Y, contemplando el cuerpo desnudo y crucificado del Señor, una sensación de frío la ha hecho estremecerse y ha subido a sus labios una frase aprendida en sus autores místicos.

—¡Oh, Jesús, quién pudiera cubrir con lienzos de amor fino vuestras desnudas y llagadas carnes!...

Junto a la dama, de rodillas en el suelo, suspiraba una anciana, y un ciego, en pie, apoyada la mano en el hombro de un niño, oraba también. Y entraban en la capilla gentes humildes, gentes pobres, encogidas por el frío o abatidas por el hambre, mujeres miserables, hombres desecho de la vida, todos buscando en el gran abatido, en el gran pobre, un poco de amparo y de calor.

—¡Quién pudiera cubrir con lienzos de amor fino vuestras carnes llagadas y desnudas!...

Y el Cristo parecía responder:

—Pues cubrelas... Ahí las tienes, ahí tienes a mis hermanos los enfermos y mendigos, cuerpo de mi cuerpo, por quienes yo di riquezas a los ricos y puse lumbre de caridad en los corazones... Pero ¿qué pocos me regalan y me visten en esos mis hermanos!... ¿Dónde está San Martín el que partió conmigo su capa? ¿dónde aquella Isabel de Turingia, que, leproso, me cedía su lecho? ¿dónde San Vicente de Paúl cuyo pobre manto me sirvió tantas veces de abrigo? ¿dónde aquellos señores que siempre me hacían participante de su mesa?... Tengo hambre, tengo frío, tengo tristeza en mis pobres... Los ricos, encerrados en sus castillos de invierno, no se acuerdan de ellos.

Temen que sus manos se enfrien al posarse sobre las del pobre, temen que sus ojos se impresionen demasiado al encontrarse frente a la miseria, niegan al hermano el afecto que prodigan a un perro. Y creen y rezan y hasta se agitan según ellos se imaginan, por mi gloria... Mas la fe sin caridad ¿qué es?... ¡Por esto estoy desnudo!

¿Habrá oído la dama de las pieles la palabra misteriosa de Cristo?...

Al entrar de nuevo en su coche va pensando que acaso en este mundo no es completa la dicha. Y eso se lo piensa ya por su nariz, que, además de continuar helada, está rojiza como la de una persona que ha llorado.

Es de noche.

En el cuarto de la plancha, tienen su tertulia criadas y doncellas.

Rosita, viva y menuda como el grano de la pimienta, dice:

—¿Que si sudé esta tarde?... ¡Hijas, qué trotes de ropero en armario, qué subir y bajar de silla en taburete!... Estoy como para que venga a buscarme la Cruz Roja... Yo no sé qué mosca le habrá picado hoy a la señora... Me ha hecho sacar a montones ropa blanca que tenía del difunto señor... Me ha hecho descolgar todos los vejesterios de vestidos de ella, nuevecitos, eso sí, pero muy pasaditos de moda... Me ha hecho sacar trajes arrinconados de los señoritos... Me ha hecho buscar gorritas y pañales que guardaba en cajas perfumadas... Me ha hecho apartar sábanas y mantas y chales y medias de lana que acaso hizo su abuela... Y mientras me iba dando órdenes y hasta ella misma rebuscando, no cesaba de hablar y de decir: Es una vergüenza que toda esta ropa esté aquí años y años almacenada sin objeto, cuando hay tantos y tantos que no tienen camisa... Con lo que aquí nos sobra y no usamos se pueden remediar muchas miserias... Rosa, ¿no has visto a los golfos dormir medio desnudos en el hueco de una puerta en la calle? ¿no has visto a tantas pobres mujeres que con el frío que hace apenas llevan más ropa que en verano? ¿no has oído que en los Asilos todo es aprovechable para los ancianos y los niños? No quiero más rincones en mi casa... No quiero más cristianismo de sólo rezar mucho... Porque la piedra de toque es el amor al prójimo y el

mostrarlo con obras... Y yo quiero mostrárselo con eso y más, con eso y más...

La tertulia se anima, y todas se hacen cruces ante las sensacionales revelaciones de Rosita.

—¿Qué será?... ¿qué ángel habrá bajado del cielo?—se preguntan, admiradas.

—Porque para el rumbo de su casa, para corridas y fiestas, ha sido muy espléndida; pero para los pobres ha sido siempre así—dice una apretando los puños.

—Sí, así, así,—repiten todas, apretándolos también.

—¿Si se habrá vuelto loca?—exclama la segunda de cuartos.

—Hijas—chilla Rosita—mucho frío se conoce que hace cuando hasta la señora se acuerda de los que van descalzos...

Y no podían imaginarse ni se imaginarían nunca que no fué el frío, sino el fuego del amor quien movió á la señora, postrada ante la llagada desnudez de un Crucifijo, de quien era devota.

J. LE BRUN.

HEROISME

De terres d' América venen noticias d' una tragedia que mereix sé coneguda porque en ella se destaquen vigorosos perfils de abnegació, heroisme y sacrificis incomparables.

No han sigut protagonistes la gent jove y valenta de les Pampes o d' aquells boscos salvatjes, sino debils dones consagrades a Deu, per quina majó gloria van anà a tan llunyanes terres. Allá van comensá los seus treballs evangélics fundant un colégi ahont educaven un centenar de xiquets. Eren sis monjes, sis Germanes de la Caritat.

Fa cosa d' un mes que cap al tart, en lo poble de Sant Antoni (Méxic), un incendi devastadó va omplir de error, el poble. La gent corría aterrada y, com passa sempre en cassos semblants, sense esme pera auxiliarse mutuament.

Lo foc, ajudat pel vent, va arribar a l' edifici de l' escola y dins d' ella hi havia en aquells moments mes de cent xiquets. ¿Com salvarlos? ¿Com dominar lo foc no tenint lo poble medís per combatrel?

Les monjes totes van comensá a salvar xiquets. Voltades de fum, buscant angunioses entre el laberinte de flames, de ferros fets brases, de parets que s' afonen, en los habits eremant, en les carns ferides, anaven incansables, heróiques, trayent xiquets a pes de brassos y disputant a la mort una a una les vides de les cent criatures, quina mort era certa sense l' heroisme d' aquelles Santas dones. Un esfors, l' últim esfors, y totes les criatures van sé salvades allavons, solament allavons van pensar elles en salvarse. Lo poble, comogut, ansiós, esperava la aparició de les monjes per aclamarles com a

salvadores dels fills del poble... quan de pronte se dixia sentir un soroll monstruós, les vigues cruxen, les parets trontollen, se baden y 's desplomen dins de la espantosa foguera d' ahont ne surten milers de xispes... Un crit del poble anuncia tot l' horror de la catástrofe. L' edifici ha desaparegut, es un munt de ruines y davall dormen per sempre les sis Germanes de la Caritat, les sis verges heróiques, encarnació viva del mes sublim dels sacrificis.

Un héroe de la caridad

Por recientes noticias recibidas del archipiélago Hawai supose la muerte del P. José Dutton, el animoso sucesor del inolvidable misionero P. Damián, quien fué el primero en sacrificar su vida en aras de la caridad, cuidando de los leprosos recluidos en la solitaria isla de Molokai.

Ira Barnes Dutton fué hijo de una distinguida familia protestante de los Estados Unidos. Muy joven aún, tomó parte en la famosa guerra de Sucesión, distinguiéndose hasta el punto de obtener el grado de capitán. Terminada la guerra, aceptó un empleo en las oficinas del ferrocarril de Louisville, primer paso para una carrera brillante. Pero de repente, hacia fines del año 80 del siglo próximo pasado, Dutton se convirtió al catolicismo, y lo abandonó todo para retirarse a un convento de trapenses. Allí se enteró de la vida de heroica abnegación que llevaba el P. Damián en Molokai, la «isla de la miseria», perdida en la inmensidad del Océano Pacífico. Eso fué para Dutton una revelación. Animada por el deseo de unir sus esfuerzos a los del P. Damián, estudió medicina durante unos años y llegó a Molokai a tiempo para cerrar los ojos de aquel mártir de la caridad, que falleció víctima de la terrible lepra.

Desde entonces han transcurrido cerca de 25 años, durante los cuales el P. Dutton, asistido por varios hermanos y hermanas de la orden de San Francisco, cuidó con paciencia, nunca desmentida, de los miseros enfermos. Cada mañana,—cuenta un predicador metodista,—vestido con una larga blusa azul, comparecía en su «taller», como llamaba a sencilla choza de madera que no contenía más que bancos para sentarse los enfermos. Estos, figuras miserables, consumidas y deformes, acudían y el religioso les lavaba las llagas, los curaba y los vendaba de nuevo, teniendo para cada uno de ellos una palabra de consuelo y esforzándose en aliviar su triste existencia mediante algún regalito. Cariño especial inspiraban a Dutton los niños que, atacados de la terrible plaga, se vieron arrancados del hogar paterno y desterrados a la triste isla, donde se consumían de añoranza. Se entretenía con ellos, ora inventando juegos, ora contándoles historias ó

enseñándoles pequeñas habilidades, siendo en cambio objeto de la veneración y del cariño de aquellos pobres seres desfigurados y aniquilados. Por fin sucumbió también á la terrible dolencia este héroe de la caridad.

¡Esos frailes y esas monjas!

Ya lo han visto nuestros lectores, por lo que decimos en otro lugar de este número.

Los frailes y las monjas siempre los mismos.

¡Qué modo de explotar al pueblo!

En Méjico, seis monjas han muerto abasadas en un incendio, después de salvar á un centenar de chiquillos.

Esto es intolerable, insoportable é inaguantable.

¡Siempre metiéndose esa gente en lo que no les importa!

Por meterse en todo, hasta se meten dentro de las llamas para salvar de una muerte cierta á débiles criaturas.

¡Hipócritas, farsantes!

Pero lo que no tiene nombre es lo que ha hecho el Padre Dutton.

Este taimado llevó su hipocresía hasta un extremo inconcebible.

Tenía una carrera brillante, y de la noche á la mañana el muy hipócrita la abandonó para hacerse fraile.

Y para disimular mejor su hipocresía quiso sustituir á otro gran hipócrita, al Padre Damián, que se se había enterrado en vida en una isla del Pacífico para curar leprosos, Y en ella murió después de haber *gandueado* muchos años.

El Padre Dutton ha muerto también.

Pero se ha divertido la mar de tiempo sin trabajar. Total lo que hacía era curar á los leprosos con sus propias manos, que es cosa agradabilísima.

Los anticlericales, más francos, no nos presentan estos ejemplos de sacrificio.

Ellos no quieren engañar á nadie.

Las monjas y los frailes hacen todo eso porque les trae cuenta.

¡Jesuita y muere de la lepra! ¡Su cuenta le tendrá! ¡Monja y muere abasada! ¡Algo ganará en ello!

¡Ya lo creo si ganan, señores anticlericales!

Ganan el cielo.

Nos parece que con este objeto pueden hacerse muchas *hipocresías*...

VRAI.

Citando ejemplos

«El Liberal» hace ya días que viene empalagando á sus lectores con editoriales á tres columnas, que titula «El pleito de «El Liberal» y

el interés de todos» (¡de todos! ¡qué guason!) «Comentarios á la sentencia», donde se endulza la boca, del amargor de los 30.000 duros, con opiniones de jurisconsultos, al tan debatido pleito.

Es el derecho de pataleo, que á nadie se le puede negar.

Lo que más le ha dolido es lo enorme, en su decir, de la cantidad con que ha sido multado, y para consuelo del pobrecito le transcribimos algunos casos recientes:

En Londres, hace dos años, fué condenado el «Daily Mail» al pago de 250.000 duros á una compañía jabonera por calumnia.

Casi por los mismos días que en Madrid se condenaba á La Editorial, el más alto Tribunal de Inglaterra imponía al difamador de la señora Scinthell 25.000 francos de indemnización, y en Francia, por un caso análogo, se impuso el año pasado otra de 20.000 francos.

Vea «El Liberal» como en todas partes cuecen habas, y que ya en la liberal Inglaterra y en la atea Francia se castigan desde hace tiempo las procacidades de la prensa sin conciencia, que lo mismo embiste contra la honra de las personas, que reseña la más inocente riña de monaguillos.

Consuélese «El Liberal», y por nuestra parte le autorizamos para que copie estos ejemplos y los agregue á la colección de datos, para el tomo que piensa regalar á D. Melquiades, como honorarios de su trabajosa defensa.

POR LA VERDAD

Acerca de una noticia calumniosa, de la que, como era de esperar, se hizo eco «El Pueblo», de esta ciudad, comentándola con su lenguaje acostumbrado, encontramos la siguiente carta en nuestro colega «El Diario Montañés», de Santander:

«Sr. Director de «El Diario Montañés».

Mi estimado amigo: Ruego á usted tenga la bondad de publicar en el periódico de su digna dirección el siguiente comunicado que, con esta fecha, dirijo al director de *El Cantábrico*.

De usted aftmo. s. s. q. b. s. m.

M. G. DEL CORRAL.

Señor director de *El Cantábrico*.

Muy señor mio y distinguido amigo: La presentación de D. Baldomero Villegas firmando el comunicado que publica hoy *El Cantábrico* sobre el artículo «Otro caso anterior», que hace algunos días fué objeto de mi contradicción y censura, tiene que llevarme á considerar el asunto bajo otro aspecto, y, aunque aumenta mi amargura, modera mucho la excitación que debía producirme desde que sé á quién imputarlo. Porque aquel artículo parecía hechura del periódico, como eco y versión de lo que se había hablado en *un círculo de*

personas respetables, y ahora, aun que el señor Villegas continúa la ficción, poniendo de manifiesto la falacia y la insinceridad con que se procede en estas cosas, á título de denigrar á un religioso ó á la Compañía de Jesús, á nadie se ha de ocultar que él, el Sr. Villegas, es ó fué el autor del difamante artículo.

Y no es lo mismo una cosa que otra. ¿Qué he de decirle yo á D. Baldomero Villegas, hermano de mi mujer, de los íntimos respetos que debían haberle impuesto silencio cuando le tentó la idea de relacionar el testamento y la muerte de mi esposa (q. D. h.) con el caso actual á que se refiere? Mi censura no sería tanto como su responsabilidad, por que el Sr. Villegas no oír una sola voz amiga que apruebe su conducta, ni una sola opinión discreta que le descargue. Todas serán condenación.

Aparte de esto, señor director, á mí no me queda otra obligación que ratificarme, punto por punto, en la negativa que opuse al artículo referido, el cual en todas sus partes y en su esencia tenía por objeto afirmar dos hechos falsos, á saber: la intromisión de un Padre Jesuita á quien se culpa de haber retrasado la operación que hubo de sufrir mi inolvidable esposa (q. D. h.), determinando esto su muerte (lo que no es cierto) y la imputación, que bien se deja entender, de que el religioso ni persona alguna influyesen de cerca ni de lejos en el testamento de que habla el Sr. Villegas. Esto y no más es lo que puede tener relación con el caso de ahora y lo que yo desmiento á la faz de quien quiera arrojar sombras sobre este asunto.

Y he terminado, señor director. El Sr. Villegas cree cumplir un deber social difamando al Padre Díaz para despertar la odiosidad contra la Orden á que pertenece. Yo cumpla con mi conciencia proclamando que el dignísimo Padre Díaz está limpio, y que cumplió él mismo con su deber asistiendo á mi querida esposa en la hora de su muerte.

Verdad es que estos deberes no merecen al Sr. Villegas ninguna consideración...

De V. aff.º amigo y s. s. q. b. s. m.,

M. G. DEL CORRAL.

Santander, 17 Diciembre 1912.

BOCADILLOS

Como rata hedionda que chorreando inmundicia acaba de salir de una cloaca, «El Pueblo» se permitió salir á la calle el sábado último, apestando las calles de esta ciudad y dejando, por donde pasaba, un reguero de porquería que inficionaba el ambiente.

Se trataba de calumniar de la manera mas descarada á los Rdos. Padres Jesuitas, y sabido es que para odiar ferozmente, barbaramente, bestialmente, á los jesuitas, «El Pueblo» es una especialidad; como es

una especialidad en los habitantes de las pocilgas revolcarse y vivir y engordar entre basuras y suciedades.

Cada cual tiene sus aficiones.

Pero ya le llegará á «El Pueblo» su San Martín, como al «Poble Catalá», de Barcelona, le llegó el suyo por haber calumniado á las monjas del asilo de Santa Isabel de Gracia, y recientemente á «El Liberal», condenado por el Tribunal Supremo, por haber intentado mancillar la honra de la Srta. Mussó.

Hay que blandir la vara de la ley y menudear les totxades als morros de ciertos escritores atrevidos.

«El Pueblo», que en toda persona honrada, en toda persona culta y decente le parece ver á un jesuita, exclama lleno de espanto:

«Los jesuitas son muchos más de lo que se cree.»

No, hombre, no; todos los jesuitas son cultos, decentes y honrados, pero no todas las personas honradas, cultas y decentes son jesuitas.

Solo que «El Pueblo» cuenta los anticlericales, cuenta á los que viven del insulto y de la calumnia, y ve que son... ¡cuatro gatos!

Al «Progreso», diario republicano de Barcelona, se le sigue causa criminal por excitar al asesinato.

Ciertos ciudadanos se lamentan de que la ley mate á los criminales; pero ellos se creen con derecho para asesinar á las personas honradas.

Suprimase el crimen y desaparecerá el castigo. ¿No les parece á ustedes que debiera ser así?

En Valladolid se representó «La Corte de Faraon», y muchos espectadores protestaron ruidosamente contra las porquerías de aquella obra y las señoras acudieron en queja al gobernador pidiendo que no se pusiera más en escena.

En Tortosa se representó «La Corte de Faraón», «La Gatita» y «Las Pastillas», etc., etc., y lo más podrido y lo más puercos... y todo pasó como una seda.

Si se hiciera un pregón anunciando todo lo que en Tortosa se ha perdido, habría que cerrar las puertas de la ciudad para que no se enteraran los forasteros.

Esta madrugada ha terminado cerca de las doce y media la sesión del Ayuntamiento, que empezó á las nueve de la noche.

Los demócratas, los conservadores y los independientes, haciendo coro á los republicanos, se despacharon á su gusto contra el señor Capellán del Hospital porque no vive en dicho establecimiento benéfico.

Y con este motivo, se adujeron acusaciones y argumentos... que tumaban de espaldas á la Lógica y al sentido común.

Y los republicanos, bañándose en agua de rosas.

Decía Marcelino Domingo, hablando como si se encontrase en cualquier mitin de arrabal y entre republicanos analfabetos:

«Hay un empleado (el capellán) que se ve imposibilitado de cumplir con su misión; luego debe suprimirse la plaza por cuyo desempeño cobra sueldo ese empleado.»

Contestemos á ese argumento:

El Ayuntamiento de Tortosa, por propia confesión de los concejales de turno, según las situaciones, no administra bien los intereses de la ciudad. (Esto viene ocurriendo hace ya muchos años).

Luego hay que suprimir el Ayuntamiento de Tortosa.

Y Marcelino Domingo se quedó tan satisfecho.

Esta proposición obtuvo el voto favorable de los cuatro concejales republicanos y fué desechada.

Propuso luego el Sr. Ribás que se declarara la cesantía del capellán del Hospital, y el Sr. Ribás y don Marcelino Domingo apoyaron esta proposición con este argumento:

El Reglamento ordena que el capellán habite en el Hospital; es así que no habita en el Hospital el capellán, luego falta al Reglamento, luego no cumple con su obligación, luego hay que destituirle.

Pase que incurra en esta vulgaridad el Sr. Ribás, quien ya dijo en la sesión anterior que no entiendo de filosofías, pues solo es un pobre obrero.

Pero ¿Marcelino Domingo, profesor de instrucción pública y estudiante del bachillerato?

Carabassa pataquera merece, por mal estudiante.

¿Cómo es posible que el capellán viva en el Hospital, si en el Hospital no hay habitación destinada á este objeto?

¿Por qué el Ayuntamiento no habilita una parte del edificio? ¿Por qué se destruyeron los tabiques y desaparecieron las puertas de la casa destinada á residencia del capellán?

Si el capellán viene obligado á vivir en el Hospital, es evidente que el Municipio debe darle habitación. ¿De quién es la culpa si no la hay?

Menos política y más administración; esa debe ser la bandera de todos los concejales y de todas las fracciones.

¿Por qué no se levantó una voz para preguntar cómo cumplen sus obligaciones los otros técnicos ó profesionales de la casa?

En la sesión se habló de si el capellán debe celebrar la Misa á tal ó á cual hora. Pues bien. ¿No hay hora señalada para que el médico practique la visita? Si la visita se practica por la noche, ¿es posible que al enfermo se le den las medicinas que su

estado exige, y que se despachen las recetas con prontitud estando cerradas las farmacias y sin un técnico que las confeccione echando mano del botiquín?

¿A dónde va á comprarse la carne á las ocho ó las nueve de la noche, si el enfermo necesita tomar caldo?

Nosotros ignoramos si se cumple ó no se cumple el Reglamento en este punto, y no somos fiscales para acusar á nadie; pero si hacemos notar, no sin protesta, que se exige del capellán el cumplimiento de un deber que no le obliga, porque el Ayuntamiento falta abiertamente al suyo.

¿Cuánto tiempo hace que en la Enveija no hay local para escuelas? ¿Se ha decretado la cesantía de la maestra, que ha venido cobrando, según se dice por ahí? Y si no es incumbencia del Ayuntamiento, ¿cómo se ha permitido que durante tanto tiempo el Estado pague un sueldo por la instrucción que no se da?

Ese proceder de algunos concejales no demuestra el mayor interés ni la imparcialidad que exige el cargo que desempeñan.

De emocionante actualidad

D. Melquiades contra La Ciorva

ó la condena de «El Liberal»

En estos momentos, en que la prensa que obedece las órdenes del anfibio D. Miguel Moya se revuelve contra la justa sentencia del Supremo, resulta de un interés emocionante el folleto que con este título se ha puesto á la venta.

D. Melquiades contra Lacierva debe ser leído y propagado por los amigos del orden y la verdad.

Cada ejemplar se vende al precio de cinco céntimos.

Los pedidos á nombre de

D. JOSÉ R. DE MESA
calle de las Infantas, núm. 7, 3.º
Madrid

BIBLIOGRAFIA

Diálogos catequísticos

Tercera serie

Sobre los Sacramentos de la Iglesia

por el

Dr. D. Federico Santamaría Peña

Volumen en 8.º de 100 páginas.—35 céntimos en las librerías y en casa del autor, Plaza de las Peñuelas, 20, Madrid.—Los pedidos de América á D. Gregorio del Amo, Paz, 6, Madrid.

En esta tercera serie se observa la misma claridad, gracejo y solidez que en las dos primeras, tan elogiadas por toda la prensa.

El interés de los Diálogos es siempre creciente.

Véase uno de los sumarios:

Una cosa muy seria.—Matrimonios endiablados.—Solo por su cara bella.—Matrimonios á cara y cruz.—El tiempo de novios.—Un cuento de gitanos.—No deben charlar á solas.—La gracia especial.—Modelo de buenos novios.

Imp. Acción Social Católica, á cargo de Biarnés

